

## Un bicho en la leñera

-¡Papá! ¡Papá!

-¿Hmmm?

-¡Papá! ¡Hay un bicho en la leñera, papá!

Era Isabelita la que hablaba. Su voz sonaba agitada.

-Zi, hay un bi... bicho en la le... leñera, papá -dijo trastabillándose Jorgito.

-¿Quieres dejar de repetir lo que yo digo, so pedorro? -le reprochó Isabelita.

-Oye, no le llames así a tu hermano -le amonestó su padre.

Vicente, tendido en la tumbona del jardín frente a la casa, apartó las páginas del periódico y contempló a sus hijos.

-A ver, qué queréis. ¿No veis que estoy leyendo?

-En la leñera, papá -insistió Isabelita-. Te digo que hay un bicho en la leñera. Se ha comido al gato del tío Joaquín.

-Zi, ze lo ha... -habló Jorgito, pero ante la mirada grave de su hermana, optó por guardar silencio.

-¿Que se ha comido qué...? ¿Pero qué decís, hombre?

Vicente, ligeramente irritado, se incorporó, dobló el periódico y lo dejó a un lado en la tumbona. Sentado, se encaró con sus hijos. Creyó advertir cierta perturbación en sus rostros. Isabelita, de seis años, con su pelo rubio y sus trenzas caídas sobre los hombros y su mirada despierta y vivaracha. Jorgito, de apenas cuatro, cabeza regordeta y ojos grandes y claros, a quien le faltaban los cuatro dientes del maxilar superior. Ahí estaban los dos, mirándole con sus ojitos de pichón, esperando su reacción.

-A ver, renacuajos. ¿De qué bicho estáis hablando? ¿Qué es eso de que se ha comido al gato del tío Joaquín?

-Pues eso, que se lo ha comido -dijo Isabelita-. Hay que llamar a un fumigador.

-Zi, ze lo ha *comío* -repitió Jorgito con ojos asombrados.

-Que se lo ha comido... -repitió también Vicente, no sin cierta extrañeza, y suspiró con resignación. Qué paciencia había que tener-. Vosotros sí que estáis hechos unos buenos bichos. Venga, vamos a echar un vistazo.

-No, papá, mejor llamar a un fumigador, créeme -apremió Isabelita-. Es un bicho muy grande.

-Zi, mu *gande* -repitió su hermano, abriendo mucho sus bracitos morenos y menudos.

-Ya será menos -dijo Vicente-. Vamos. Y como sea una broma...

Se levantó de la tumbona y se movió en dirección a la casa. Los niños, resignados, le siguieron.

-Fumigador... -se repitió, y miró hacia su hija mayor-. ¿Ya sabes lo que es eso?

-Sí, papá. Un fumigador es un... -se apresuró diligente a responder.

-Bueno, vale -la cortó su padre-. No hace falta que me lo expliques.

-Yo también lo zé, papá -dijo Jorgito.

-¿Tú también lo sabes? -le preguntó su padre, esbozando una sonrisa. Y revolvió el pelo de la cabezota de su hijo, redonda como una pelota de goma.

Se dirigieron al otro lado del jardín, para lo que tuvieron que rodear la casa de piedra con tejado de madera en la que pasaban todos los veranos, situada en las afueras del pueblo, junto al bosque. Se alejaron diez o doce metros, rebasaron el asador de piedra que utilizaban para hacer barbacoas y llegaron a un lugar donde se amontonaba una pequeña montaña de troncos gruesos y tallados, junto a otro montón de hojarasca apilada. A su lado, otra mole de piedra, honda como un cañón, con una boca oscura similar a la de una pequeña chimenea, que utilizaban para almacenar los montones de leña fina y recortada y lista para ser quemada, destacaba sobre la línea de pinos limítrofes como un monolito.

-Vamos a ver vuestro *bichejo* -resopló Vicente, dirigiéndose hacia ella.

-No, papa...

Pero Vicente hizo caso omiso y se agachó hacia la boca oscura. Empezó a apartar la leña sobresaliente y a sacar fajos de palos. Vio unas gotas de sangre que salpicaban el borde de la pared hacia un ángulo. Enarcó las cejas.

-¿Qué es esto? -susurró casi para sí.

Agachó más la cabeza y miró hacia la oscuridad, más allá de los montones informes. Trató de escrutar en ella, como si esperase encontrar allí algo agazapado. En lo más hondo le pareció que una sombra se movía. ¿Era una ilusión? ¿O era el gato? Qué iba a ser si no. A buen seguro se habría pinchado con la punta de alguna rama y había sangrado. Se volvió hacia sus hijos. Estos no dejaban de mirarle con fijeza desde una distancia prudente.

-Ya lo veo -les dijo en tono tranquilizador, aunque no estaba seguro de si había visto algo en realidad-. Voy a sacarlo de ahí.

-No, papá...

Volcó de nuevo la mirada hacia el pedazo de boca oscura, cuando vio que algo rebasaba el montón de leña periférico y asomaba al exterior.

Vicente dio un respingo, pero se mantuvo agachado junto al bloque de piedra, contemplando aquella súbita aparición.

A simple vista parecía un tentáculo, tanteando a ciegas en el suelo de tierra y lleno de hierbajos y en el borde lateral de piedra, tal que anduviera olfateando algo con la punta roma. Tenía la angostura propia de una manguera y era intensamente negro. Suspiró. Tenía que ser la cola de Lucas, el gato negro de su tío, que a buen seguro se había vuelto a escapar de casa, había recorrido el camino que les separaba, se había colado en el jardín por la parte trasera y, por último, se había introducido en el agujero. No era la primera vez que lo habían visto deambulando por allí, rumiando en la leña. Además, si sus hijos lo habían mencionado es porque lo habían visto. Sin embargo, una parte de él no se mostraba muy convencida. Le parecía que aquel apén-

dice era un poquito grueso para tratarse de la cola del gato. Aún así, movió la mano con intención de asirlo con suavidad, y apenas bastó un simple roce con el dorso cuando aquel apéndice, para su sorpresa, pareció cobrar vida. En una fracción de segundo, se estiró hacia fuera, en una proporción mayor de lo que cabría esperar, y se enrolló en torno a su muñeca izquierda, como haría una serpiente en el brazo de un incauto que hubiese perturbado su placentero sueño durante un paseo campestre.

El tentáculo empezó a tirar de él.

Vicente quiso lanzar un espontáneo grito de sorpresa y estremecimiento ante aquel contacto rugoso, cálido y húmedo con su piel, pero debido al violento tirón, topó su rostro contra la pared, por encima del agujero, y coartó cualquier conato. Otro apéndice más asomó entonces al exterior y se enrolló alrededor de su cintura. El tirón resultó ahora mucho más vivo, y la presión más aguda, cortando su respiración. Al parecer, debían estar repletos de cilios erectos y puntiagudos, pues sintió que multitud de finas agujas traspasaban el tejido de su camiseta y se le clavaban en la carne de la cintura y del antebrazo izquierdo. Vio que un tímido rastro de sangre empezaba a brotar en las zonas afectadas. Estaba claro que, lo que fuera, tenía intenciones de introducirlo dentro de las dimensiones del agujero, lo que a cualquier mente cuerda se antojaría imposible, pues el volumen de su cuerpo no cabía en la estrechez de la garganta.

-Niños... -gimió, su rostro aplastado contra el muro, enrojecido como un tomate, la boca retorcida en un mohín contrahecho.

Ahora los dos tentáculos se enrollaban férreos en su cintura e insistían en tirar hacia dentro, mientras él trataba de hacer lo contrario, impulsándose hacia atrás, haciendo fuerza con la palma de la mano derecha abierta y apoyada en el muro. El pecho y el rostro de Vicente tan pronto se separaban unos centímetros del muro de piedra que se aplastaban contra su rugosa aspereza, casi hasta sentir su sabor con la lengua, las rodillas hincadas en el suelo. Eran momentos de pánico intenso y descomunal. Y la cosa negra insistía en atraerlo hacia la negritud del agujero con una fuerza asombrosa.

-Niii...ñooos... -volvió a gemir, su voz en un resuello.

En pleno forcejeo furioso, el rostro y el pectoral apretados contra el muro, Vicente estiró el brazo libre hacia sus hijos en señal desesperada de auxilio, pero éstos se encontraban paralizados, contemplando la escena con ojos entre curiosos y desorbitados. Desde el interior de la leñera no dejaba de oírse un sonido extraño, semejante al bufido que emitiría un gato encrespado, solo que era continuo, así como el ruido de la leña al ser removida. Y vieron que otros dos tentáculos más surgían al exterior y se aferraban a la cintura de su padre, redoblando esfuerzos, provocando que la presión aumentase en proporciones dantescas. El rostro de su padre se congestionó por momentos y empezó a transformarse en una máscara ridícula y absurda; la lengua asomaba con desmesura de su boca, como si estuviese burlándose de ellos; los ojos parecían querer salirse de las órbitas; la garganta emitía gemidos que parecían los pitidos graves y sibilantes de un moribundo ante la extrema unción.

De pronto, un crujido estruendoso y maléfico rasgó el aire, dañando los oídos de los niños, como algo compacto y duro que se quiebra. Vieron que la espalda de su padre, que mantenía las rodillas erectas en la tierra y el pecho aplastado contra la parte superior de la boca oscura, se arqueaba en un ángulo extraño y se partía en dos. Contem-

plaron con mudo terror cómo su cuerpo se plegaba en dos mitades, como un sobre, en un ángulo imposible, quedando su nuca a la altura de los talones. Vieron su rostro patibulario, sus ojos incrédulos abiertos como platos enfrentados al cielo limpio de nubes, antes de ser introducido en la leñera ya libre obstáculos. Durante minutos, una especie de refriega y ruidos de desgarramiento surgió del interior de la boca oscura, mezclados con el ruido de leña partiéndose..., si es que era sólo leña lo que se partía. Luego, sobrevino el silencio.

Al cabo, los dos hermanos se miraron cariacontecidos, y se encogieron de hombros.

A los padres no tendría que ocurrirles nunca estas cosas. No a los padres de uno, al menos

-Nunca nos hacen caso -dijo Isabelita-, y luego pasa lo que pasa.

Estiró un brazo y cogió la mano de su hermano pequeño.

-Anda, vamos a decirle a mamá que papá ya no está, y que llame a un fumigador.

-Zi, vamoZ -dijo Jorgito.